

## SEMÁNTICA DEL OASIS Y UTOPIA

La alteridad como presupuesto político de las identidades

*Luis Arturo Torres Rojo*  
Universidad Autónoma de Baja California Sur  
[caesaries@prodigy.net.mx](mailto:caesaries@prodigy.net.mx)

Voy a comenzar las presentes líneas trayendo a la atención de Ustedes una breve frase de Robert Louis Stevenson, conocido universalmente por su célebre saga del Dr. Jekyll y Mrs. Hyde, y quien también tiene un bello libro de ensayos históricos, *Memoria para el olvido*, del que extraigo el aforismo. La intención es subrayar de inicio la condición de monstruosidad de la modernidad inherente a la metamorfosis de los personajes, esta vez –quiero decir en el tiempo presente-, visible tras el ocultamiento nihilista de la historia suscrita como falsa totalidad. Dice Stevenson: “El pasado se asienta sobre unos cimientos precarios; si planteamos una pequeña diferencia metafísica, nos quedamos sin él.”<sup>1</sup>

Esto viene al caso, porque así observo puede suceder en otro relato, específicamente en el hasta ahora narrado bajo los presupuestos todavía en construcción significativa del neologismo *oasisidad*, puesto en boga por la historia ecológica y ambiental practicada por Micheline Cariño y algunos investigadores de la RIDISOS y que, dicho sea en términos concisos, hallan la centralidad de su heurística negativa –sus formulaciones paradigmáticas no discutibles-, en nociones provenientes de las categorías de *conservación* y *geodiversidad* impulsadas por Gernier y bajo el cobijo de la *sustentabilidad* como marco regulativo de un discurso cimentado todavía muy ambiguamente en la *ética de la naturaleza* y desde el cual se ha intentado restituir el valor simbólico y transformador del pensamiento utópico.

Correlativamente a ello, como heurística positiva, el léxico de la oasisidad se ha encabalgado al devenir histórico de la región sur de la península de Baja California –por más y que sus aristas se desplacen hacia otros centros de existencia de “oasis”-, configurando un relato en cuya dinámica temporal se sitúan, por un lado, el legado de la tradición en tanto que “vida oasisiana” entendida como conjunto de “estrategias civilizatorias estructuradas en torno al oasis”,<sup>2</sup> claramente delimitadas en los términos de

---

<sup>1</sup> STEVENSON, Robert Louis, *Memoria para el olvido*, México, F.C.E., 2008, p. 253.

<sup>2</sup> Estas estrategias, a su vez, estarían determinadas por una sensación y una concepción del hábitat en los términos del aislamiento y la aridez, es decir, de la “multiplicación de fronteras”. Véase CARIÑO, Micheline, “Sudcalifornia: las fronteras dentro de una frontera”, en *Actas del II y III*

su particularidad y su secuencialidad histórica o, propiamente, historiográfica, y por ello propensas a su postulación como fuente proclive al juego de los mecanismos demandantes de un sustrato material y visible de identidad cultural: la *identidad sudcaliforniana*. Por el otro, la “vida oasisiana” como continuidad crítica del presente y presupuesto de su postulación como “proceso histórico alternativo” en el que pasado y futuro conviven atisbando la emanación utópica, casi como síntoma apocalíptico.<sup>3</sup>

Ahora bien, y esa es la tesis que sostengo, esta circunstancia historiográfica sobre la que se apuntala la historia semantológica del neologismo de oasisidad –esto es, del incremento continuo de su significado a la busca de hacerse concepto-, obedece casi por entero a una racionalidad del conocimiento histórico producto de la sociedad decimonónica trasladada al complejo industrial de la información y que ha tomado para sí convenientemente –como repuesta a la sociedad “posmoderna” de la comunicación- algunos de los aspectos motivacionales –y residuales- del “sentido histórico” romántico inaugurado por Herder, interpretándolos como eslabones de la crítica a la modernidad en sus orígenes.

En términos generales y empleando para la exposición criterios relativos a las “modalidades reflexivas a partir de las cuales se discuten [o no] los presupuestos cognitivos de base, al complejo procedimental que instituye su lógica de investigación [y] a los fines sociales que la historia [deba] justificar de manera plausible”, puede decirse que el campo de predominio en la anterior disposición historiográfica responde a una situación “heteroreferencial”, en la que el complejo entero depende para su delimitación de un constructo valorativo externo adscrito a las disciplinas epistemológicas y teóricas de la historia y que a grandes rasgos puede ser descrito por las relaciones guardadas entre tres de sus componentes básicos: un sedimento fundamental dispuesto por la ordenación kantiana del conocimiento, en la que el pasado aparece como un objeto cosificado a ser restaurado en su verídica expresión por un sujeto que lo trasciende concientemente; por la derivación de dicho núcleo de un estado de la cuestión en el que el instrumental metodológico se convierte en la garantía de control sobre las intervenciones subjetivas de todo acercamiento al pasado y en donde éste queda recluido en su delimitación en tanto que realidad material –como sucesión y sentido de los acontecimientos- en los estrechos

---

*Coloquio Internacional La Frontera: Una nueva concepción cultural*, México, Universidad Autónoma de Baja California Sur, 2000, p. 222-223.

<sup>3</sup> Para los términos sucintos de lo anterior cfr. CARIÑO, Micheline y MONTEFORTE, Mario (coords.), *Del saqueo a la conservación. Historia ambiental contemporánea de Baja California Sur 1940-2003*, México, 2008, Secretaría de Medio Ambiente y Recursos Naturales, 778 p.

márgenes del documento; finalmente, la distancia temporal entre el objeto y el sujeto históricos, colmada por el artificio cronológico como atribución del método e inherente a las dinámicas de la *serie documental*, y que trajo consigo como corolario esquemas de aplicación –política, social, cultural-, fundados en percepciones generalizantes y de corte inevitablemente identitario.<sup>4</sup>

Frente a esta circunstancia aún preponderante, en los últimos años se ha venido configurando la idea de una racionalidad del conocimiento histórico en la que la principal demanda consiste en hacer de la “autorreflexión sistemática” respecto o la práctica histórica y sus fundamentos epistémicos, la matriz a partir de la cual establecer no sólo criterios normativos –como el de la necesidad de dar cuenta de los distintos niveles constitutivos de la “lógica de la investigación” y del estatus asignado a la formalidad escritural como eje expansivo del discurso histórico-, sino la asignación de la perspectiva crítica de la historiografía como modo específico de la operatividad sistémica de las disciplinas históricas y de su vinculación multireferencial y concomitante con las ciencias sociales y de la cultura en general.

Ante el riesgo de la dispersión teórica como resultado del declive historicista y de la aplicación paradigmática de la autorreflexión –la paradoja de la crisis que tras la crítica se resuelve como nuevo paradigma-, también desde hace algunos años viene acrecentándose la presencia de la historia conceptual o *Begriffsgeschichte* en los ámbitos académicos de la historia y la historiografía y, en la vertiente inaugurada y elaborada teóricamente por Reinhart Koselleck, ha alcanzado un orden estructural capaz de acompañar los requerimientos epistemológicos de las sociedades complejas –inmersos en la frágil circunstancia en la que el sentido se produce como distinción entre sistema y entorno inscritos en prácticas de mediación comunicacional-, con aquellos sustratos de la vivencia humana que si bien no se sustraen a los espacios de la traslación mediática de los lenguajes, configuran estados de la experiencia pre o extralingüísticos que en el fondo terminan por orientar toda elaboración comprensiva y de sentido, es decir, de palabra y tiempo.

Como doctrina de las condiciones de posibilidad de las historias, la *Histórica* de Koselleck –en obvia restricción tras lo que aquí interesa-, se postula como un orden propedéutico confrontable con toda disciplina histórica y, tras el palio de una crítica y ampliación de la

---

<sup>4</sup> Para todo ello véase BETANCOURT, Fernando, “La fundamentación del saber histórico”, en *Estudios de Historia Moderna y Contemporánea de México*, México, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas, n. 40, julio-diciembre, 2010, pp. 91,95, 109.

analítica de los existencialistas de Heidegger y de la parcial sustracción de la racionalidad del conocimiento del pasado a las determinaciones del *logos* hermenéutico, alcanza su rasgo de mayor particularidad como historia de los conceptos que a la vez que incardina los haberes experienciales de la sucesión de acontecimientos y los lingüísticos de su comprensión y reconstrucción –la historia conceptual como índice del espacio de experiencia de las distintas historias-, posibilita la coordinación controlada de la permanencia de ello como tradición que es sólo pre-texto de la elaboración temporal del presente como pre-decir del futuro –la historia conceptual como factor de las historias implícitas en el horizonte de las expectativas.<sup>5</sup>

Desde esta tesitura, la historia conceptual se factura como disciplina teórica y política capaz no sólo de regular la coherencia de la temporalidad histórica con los usos sincrónicos y diacrónicos de los lenguajes científicos y naturales de las fuentes, sino que en lo que es fundamental, al dislocar la distancia temporal y con ello el carácter de identidad objetual del pasado, traslada el orden de la racionalidad de su conocimiento hacia instancias en las que el ser de lo constituido –las esencias- se constituye como urdidumbre de sentido inmersa en múltiples e indeterminables posibilidades de lo real.

De ahí que, en un primer señalamiento de la crítica que cabe hacer a la noción de oasisidad como empalme categorial historiográfico, sea el riesgo del anacronismo la manifestación más llana del desvele que procura la perceptiva conceptual. En palabras de Gadamer:

Por regla general el historiador elige los conceptos con los que describe la peculiaridad histórica de sus objetos sin reflexión expresa sobre su origen y justificación. Sigue en esto únicamente su interés por la cosa, y no se da cuenta a sí mismo del hecho de que la apropiación descriptiva que se encuentra ya en los conceptos que elige puede estar llena de consecuencias para su propia intención, pues nivela lo históricamente extraño con lo familiar y somete así a los propios conceptos previos la alteridad del objeto, por muy imparcialmente que pretenda comprenderlo. A pesar de toda su metodología científica se comporta de la misma manera que todo aquél que, como hijo de su época, está dominado acríticamente por los conceptos previos y los prejuicios de su propio tiempo.<sup>6</sup>

---

<sup>5</sup> Debo señalar aquí que el término de concepto debe entenderse según la acepción que Gadamer ha propuesto dentro del ámbito concreto de la *Begriffsgeschichte*: “¿No significa eso que el objeto de la filosofía es el concepto mismo? El concepto, en el sentido que solemos atribuirle, es el verdadero ser, {...} es el autodespliegue del pensamiento en su relación iluminadora y cognitiva con lo que es.” GADAMER, H.-G., *Verdad y Método II*, Salamanca, Sígueme, 1994, p. 81-82.

<sup>6</sup> GADAMER, H.-G., *Verdad y Método I*, Salamanca, Sígueme, 1996, p. 476.

Desde la perspectiva oasiana, ha sido justo la nivelación del pasado la clave sobre la que se ha percutido el andamiaje teórico y procedimental de la restitución histórica de la identidad sudcaliforniana, por un lado, pero también de ahí proviene, en tanto que corolario lógico, por el otro, el emplazamiento de sus atribuciones políticas en tanto que entidad utópica que coloca en su ser tradicional, la cualidad que la distingue como proyecto histórico alternativo al impulsado por la depredación neoliberal globalizada. Con toda obviedad, y pese a los indudables logros en el posicionamiento de su influencia social, ambos niveles siguen siendo deudores, paradójicamente, de los descriptores de la linealidad futurocéntrica inaugurada por la modernidad a la que, en parte, se pretende optimizar.

Es sin embargo a un siguiente nivel en el que la crítica conceptual ejerce el máximo de su aplicabilidad historiográfica. El esclarecimiento hermenéutico de la “alteridad del objeto”, pasa en primera instancia por la paralización del anacronismo y sus derivaciones que son políticas y pedagógicas, teóricas y estéticas –ampliamente culturales-, y esto no puede hacerse sino a partir de representaciones del pasado en que se ha articulado previamente –el imperativo de la autorreflexión-, el horizonte temporal de los conceptos y los matices semánticos de sus usos y significados:

Es tónica ya común considerar que la *autorreflexión sistemática* (descripción de los niveles de la matriz disciplinaria) es crucial para la formulación de teorías particulares y por tanto para la deducción de hipótesis, para la delimitación de objetos y problemas de investigación, al tiempo que define las vías metódicas necesarias para [su resolución].<sup>7</sup>

Es en este espacio del método de la “profundización categorial” en el que el eco de las palabras de Stevenson resuena al interior del vocablo de oasisidad y bajo la cobertura anunciada de las identidades y el nihilismo como falsa totalidad.

Apenas y uno se hace cargo del núcleo semántico del neologismo –el léxico oasis-, el pasado arduamente reconstruido se disloca hacia instancias de significación que rebasan las delimitaciones propias de la definición de las identidades y que al localizarse como puntos nodales del proceso de articulación histórica –semasiológica y onomasiológicamente-, propician el reconocimiento de las cuestiones del sentido -la historicidad del objeto como representación conceptual (intersubjetiva) del sujeto- e

---

<sup>7</sup> Betancourt, Fernando, op.cit. p. 107. Es necesario aclarar aquí que, en su formulación más acabada, la historia conceptual es incluyente de la metaforología como doctrina comprensiva de la experiencia de lo que es inconceptual.

introducen, hasta ahora imperceptiblemente, entre las matrices desierto-oasis, el del sesgo transversal del espejismo como reducto sistémico de la formulación política.

En todo caso, la pregunta hermenéutica de principio parece incluso descabellada por su obviedad: ¿Hay o, si se prefiere, debe haber, ascendencia alguna entre la semántica histórica del concepto de oasis y su conversión como categoría del análisis y la elaboración escritural y política de la historia? O, desagregando la cuestión: ¿Son las identidades producto de verdades monolíticas de pasados cristalizados al margen de su inevitable ambigüedad? Y ¿cuál es la condición de lo político que emerge de un cambio que es al menos meta-histórico y por ende epistemológico?

Inscrita en su especificación retórica, la respuesta a dichas preguntas comporta el eje de estructuración semántica tendiente a dotar de significado el programa de la oasisidad y, la expresión del vuelco de la interrogación por el ser a la de las dinámicas de configuración de sentido, constituye justamente el ámbito de la historia conceptual como el factor crucial en la dilucidación de lo que permanece y cambia en el tiempo, en lo que tematiza el juego entre la identidad y la distinción en cuanto que alteridad que reconoce la autoconciencia como acogimiento del otro y de lo otro y que, políticamente, propugna por una democracia de la diferencia cuya única sustancialidad es la de conformar una “comunidad sin fundamento”, la “comunidad de los sin comunidad y que por eso mismo están de acuerdo en custodiar y valorizar el patrimonio y la riqueza de las tradiciones, de los lenguajes, de la cultura, que no son sino productos de una dinámica histórica contingente, o sea, signada por un alto coeficiente de improbabilidad.”<sup>8</sup> Adyacentemente, al historizarse los conceptos, el discurso de la utopía asume para sí la posibilidad de ajustarse procesualmente como dislocación espacial –más que propiamente temporal y futuroológica como en la elaboración ucrónica moderna-, y con base en ello, propiciar su orientación como realidad contracultural opuesta al orden establecido de las ideologías del simulacro multiculturalista y la razón instrumental.<sup>9</sup>

Hacer de la alteridad el recurso de lo alternativo y contracultural, desde la perspectiva de la semántica histórica del oasis, implica la conjugación de las categorías capaces de contener la formulación teórica de la fusión del horizonte temporal –en este caso las de *oasisidad* (en la versión que la liga a la de geodiversidad proyectada por Gernier), y la de *desertización* adscrita al nihilismo nietzscheano-, con aquellas que como testimonios del pasado orientan y delimitan las valoraciones que dan sentido a la recepción y la

---

<sup>8</sup> DE JUANO, María, “La nueva democracia. Entrevista con Giacomo Marramao”, en *Estudios Sociales*, Santa Fe, Universidad Nacional de Rosario, 2° Semestre, V. IV, n. 7, 1994, p. 199.

<sup>9</sup> RICOEUR, Paul, *Ideología y utopía*, Barcelona, Gedisa, 1994, pp. 45-61.

formalidad escritural, y cuyas dinámicas traducen positivamente la inserción del espejismo como modulación significativa de la historia y la imaginación política como atributo de lo trascendental: “lo real es la causa ausente que perturba la causalidad de la ley simbólica.”<sup>10</sup>

Dentro de una amplitud apenas vislumbrada y bajo el esquema de una cronología que, como hipótesis, no deja de ser tan sólo anticipación de sentido, puede decirse que los enclaves semánticos del concepto occidental de oasis se encuentran al momento de su recepción –proveniente del copto o el egipcio- en la circunstancia ática de floración de la tragedia y la historia que dan cabida al pensamiento cósmico desatado en prosa como *sabiduría*; en el proceso de dogmatizar el mito realizado por el cristianismo y permeado por el intento de inhibir la atribución de lo político más allá de la palabra dicha y descorporizada; en el desvelamiento de la naturaleza favorecido por la *ciencia media* jesuita –ciencia de fronteras-, y ámbito sin duda el más propicio para incorporar la doble tradición que ha constituido los diversos relatos de la Isla-Península Calafia y que ha de encabalgarse por pertenencia a un momento siguiente de significación debido al inmanentismo de la ciencia moderna y el desgajamiento entre naturaleza y verdad producido por la impostación del método y la prevalencia metafísica de la metodología (es el tiempo de nacimiento de las ideas de identidad y exotismo como síntomas de civilización); en la estipulación ya descrita que liga la ascendencia romántica de Nietzsche con la lectura nihilista que Heidegger y Arendt hacen de su sentencia de *desertización* como metáfora de la modernidad en su despliegue; y, por último, en el cariz propio de la oasisidad como respuesta de un presente que ha tematizado con responsabilidad y sistema las condiciones de posibilidad de sus futuros pasados y que puede por eso esgrimir como máxima suya una de las sentencias clave de la posthistoria:

En el mejor de los casos, llegamos a una lucha entre naturaleza heredada y precedente y nuestro conocimiento, tal vez también una lucha entre una nueva y rigurosa disciplina y lo heredado y aprendido del pasado; planteamos entonces una nueva costumbre, un nuevo instinto, una segunda naturaleza, y de este modo la primera terminara por atrofiarse. Se trata del intento de darse a *posteriori* un pasado del que se quiera proceder frente al pasado del que efectivamente se procede [...].<sup>11</sup>

---

<sup>10</sup> ŽIŽEK, Slavo, *Las Metástasis del goce. Seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*, Buenos Aires, Paidós, 2010, p.51.

<sup>11</sup> NIETZSCHE, Friederich, *Sobre la utilidad y el prejuicio de la historia para la vida. (Segunda Intempestiva)*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1999, p. 66.

Para finalizar, sería conveniente destacar en su distinta valía cada uno de los rubros acotados, dado que se sobreentiende el estado procesual de la investigación. Sin embargo, más allá de ello, a un nivel incluso de sobredeterminación del imaginario psico-social, está la cauda de encantamiento y misterio que acompaña el surgimiento del nombre de oasis como matriz primigenia de significación y de la que deriva su traducción directa como factor genealógico de la creación cultural, sudcaliforniana o no.

Como en otro lugar he especificado ya los atributos semánticos que se acompañan en los relatos de Herodoto para dar forma a la Ciudad de Oasis como vértice entre, por un lado, la recepción de los mensajes provenientes de la Isla Hiperbórea de los Bienaventurados – en la tradición que va de Homero a Hesiodo y culmina en Delfos y Eleusis como polaridad centrípeta de aplicación de la voluntad de poder y placer como modos específicos de la creación cultural y su facturación política-, y, por el otro, su proyección platónica en los términos de la Atlántida como sede ideal de una República que finca su alteridad en el hecho de concretarse siempre en el orden universal de sus condiciones de posibilidad, a continuación recogeré únicamente aquellos descriptores que permitan ilustrar así sea someramente el sesgo teórico y político abierto para la semántica del oasis por el desvelamiento de su origen conceptual.

Lo principal se circunscribe a que como apelativo de una ciudad, el nombre de oasis asume su carga conceptual desde el espacio de pertenencia a un *kosmos* en el que las distinciones ente lo natural y lo artificial son en esencia de forma y que se articulan de múltiples maneras bajo un orden en el que la inmanencia y la trascendencia se adscriben a un movimiento transido de una contradicción que es al mismo tiempo complemento: el juego dialéctico que como triada es unidad.

Así como trasluce del discurso de Herodoto, la semántica del oasis traduce el anterior principio de la ciencia jónica mediante el despliegue cultural de las metáforas de lo húmedo y lo seco como matriz primordial de toda *physis* y a partir del entrecruce de descripciones y narraciones validadas por la tensión del recuerdo y el olvido y en los términos de un relato en el que confluyen en dilución de fronteras los presupuestos de la historia, el mito y la tragedia. La Ciudad de Oasis, como horizonte de expectativa, sólo adquiere claridad con la previa delimitación del desierto como el espacio de experiencia en el que ocurren las historias –en griego historia quiere decir hacer una experiencia, un viaje de descubrimiento y trascendencia-, y a partir del cual cobra sentido lo que se cuenta y crea conforme a un orden temporal que es en parte determinación y en parte contingencia: azar y pronóstico.

Sin embargo, esta dualidad que se desdobra sobre sí *ad infinitum* –el desierto es el mar y la estepa y el oasis la isla y el montículo-, y que tiene en Apolo y Dionisios la máxima de sus condensaciones simbólicas y en Delfos y Eleusis la de su realización cultural como *politeia*, adquiere sus rasgos de mayor profundidad historiográfica al influjo transversal y omnipresente de la caverna como arquetipo de los procesos mediante los que hombre y naturaleza se integran a una unidad que los trasciende y cuyo síntoma es la certeza de la fisura como imagen primordial –en Eleusis Dionisios es el Dios nacido por una doble puerta y Delfos fue levantado sobre una grieta madre.

La luminosidad apolínea del oasis, observable sólo por el contraste del desierto como entidad productora de sentido –nuevamente visible tras la proyección de las dinámicas del espejismo como reflejo experiencial-, obedece en realidad a un estado de diferenciación de lo que, siendo lo mismo, ocurre súbitamente a destiempo y bajo el cobijo de las fuerzas telúricas del subsuelo que son atribución de la fértil obscuridad dionisiaca: el oráculo no hace sino develar las palabras del Dios ocultas detrás del murmullo de los manantiales y el fulgor cadencioso del agua al rosarse en su recorrido con partículas de luz provenientes de lo que es sólo formalmente distinto y contradictorio.

Es la pregnancia del misterio que se encarna como dinámica cultural a la que confluyen epistemología, religión y política y cuya trabazón simbólica está dada por la circunstancia vivencial que acompasa la autoconciencia como movimiento de acogimiento del otro y de lo otro y para la que los griegos del S. III a.c. acuñaron los conceptos de *eunomía* e *isonomía*. El primero enuncia el estado en el que la *polis* ha alcanzado la plena realización “del orden divino en la práctica” y cuya existencia se encuentra presupuesta en los ámbitos vitalmente constitutivos de la comunidad y de los mecanismos dispuestos para el ejercicio del poder; el segundo da cuenta de la “condición de igualdad de los ciudadanos en su calidad de ciudadanos” y se halla ligado a los de *isegoría* –libertad de palabra-, *démos* –reunión de ciudadanos- y *kratos* –potencia y victoria-, y en conjunto expresan el artificio cultural de un orden político que, sin serlo formalmente, ha sido derivado –imaginado- con apego a una intención ligada a la reproducción imitativa de la naturaleza para enaltecerla y acrecentarla.

La alteridad se produce aquí con base en los criterios que ubican lo inmanente y lo trascendente como una simultaneidad que es originaria y en la que la distancia temporal no establece ninguna diferencia más allá de la tensión existente entre el pasado-presente del espacio de experiencia y el presente-futuro del horizonte de expectativa. Como objeto de la alteridad, la utopía se dispone entonces como un rasgo del sentido del ser tendiente

al establecimiento del “orden divino en la práctica” como el “mejor lugar” y desplaza con ello la versión del “sin lugar” a un estado de idealidad obligado a concretarse cada vez y de acuerdo con condiciones de posibilidad que no son sino el artificio con lo que lo real se presenta en sus extremos grados de improbabilidad histórica.

A todo ello responde la semántica del oasis y así delimita de origen el diapasón teórico y político desde su propia referencialidad: la oasisidad como proceso en dispersión tendiente a eclipsarse entre un mar de espejos.

Como en el reflejo impiadoso de Dionisios.

Muchas gracias.